

Sexismo y lengua o dónde están las hermanas de Cervantes

ELSA R. ARROYO VÁZQUEZ

Probablemente ustedes recuerden que Virginia Woolf fue la escritora inglesa que en 1928 propuso la idea de que una mujer que quisiera realizarse como persona creadora necesitaba su "cuarto propio". Con esa imagen Woolf creó una de las más lúcidas metáforas feministas para los tiempos. A las mujeres, como a toda persona productiva, les urge tener su propio cuarto, esto es, unas condiciones materiales y una infraestructura básica que les permita construir su independencia y desarrollar sus intereses, lo que de otra manera sería mera ilusión. Con mucho ingenio Virginia Woolf se imagina lo que le habría sucedido a una hermana de Shakespeare que hubiera tenido la inteligencia y la inclinación artística de su hermano. Ubicada en el contexto del siglo XVII, Virginia Woolf concluye que, con toda seguridad, la hermana de Shakespeare no hubiera podido ser teatrera como su hermano, ni escribir, ni disfrutar de los malabarismos poéticos que su imaginación sería capaz de inventar, como su hermano. Nada. Su vida indudablemente habría transcurrido repletita de frustraciones e interrupciones. Se la habría reprimido y trivializado. En el mundo masculino del teatro, no es improbable que fuera sexualmente hostigada. ¿Y ustedes creen que a las hermanas de Cervantes les habría pasado algo distinto?

Precisamente, lo que año tras año las celebraciones de la Semana de la Lengua Española recuerdan es la muerte de Miguel de Cervantes, nuestro admirado escritor del siglo XVII. No es mera casualidad que no recordemos hoy la muerte de una de las hermanas de Cervantes, por la misma razón que no es simple casualidad que ninguna de ellas escribiera la aventura andariega del Quijote. Aunque las leyes de la naturaleza nos confirmen que también sus hermanas podrían haber tenido el ingenio necesario para el cultivo de las letras, las reglas de la sociedad nos dicen que esa dedicación era prácticamente imposible para ellas. Los biógrafos de Cervantes, que mencionan por lo general muy de pasada a sus dos hermanas, nos dejan saber que éstas no tenían un

"cuarto propio", vivieron con su hermano por lo menos durante uno de los períodos más productivos de su vida literaria. No hace falta mucha imaginación para adivinar, a pesar de las reticencias de esos condescendientes biógrafos de Cervantes, las obligaciones y los sacrificios que ellas realizarían por él: ocuparse de la ropa y la cocina, cuidar de la casa, quizás hasta conseguirle dinero o momentos de soledad para que pudiera dedicarse a escribir. Es decir, a las hermanas de Cervantes les faltaron las condiciones materiales que les permitieran siquiera vislumbrar que para ellas también podían existir otras formas de autorrealización tanto en la vida como en el arte.

Las hermanas de Cervantes, como dice la expresión popular, hoy "brillan por su ausencia". Su mismo olvido y silencio nos comunican algo. El pensador francés Derridá postula que las "ausencias" son importantes y significativas. Aquello que no se dice es elocuente. ¡Oh, San Derridá, consuelo de las marginadas, ruega por nosotras! Las feministas, por otro lado, llamamos a esa situación "la ocultación de la mujer en la historia". Su participación permanece oculta tras la labor de un hermano o esposo, o tras el eufemismo del hogar o lo doméstico. El caso es que buena parte de las teorías del conocimiento modernas, desde el estructuralismo saussureano hasta el marxismo, han develado la importancia que tienen esas presencias marginales que actúan aun cuando se les marca ausentes. Las mujeres, paradójicamente, representamos más de la mitad de los seres que sostenemos este planeta en la órbita de la historia. En eso hemos invertido tiempo, esfuerzo y trabajo. No obstante, somos las grandes ausentes cuando se trata de que se reconozca nuestra participación en la cultura oficial. En verdad, podría decirse que somos las presencias que más hemos contado dentro de las ausencias, las que hemos engrosado toditas las periferias y cada vez más, según fracasan proyectos nacionales y sociales masculinos, somos lo alternativo.

En la lengua y en las prácticas comunicativas también hemos estado así, calladitas, y se nos ha pedido que nos conformemos con el honor de ser significativas sin que se sepa, de ser discretas y pasar inadvertidas o de hablar bajito porque así es más bonito. En el teatro de la vida nos han asignado que representemos el papel de "femeninas", porque no basta con que seamos mujeres, tenemos que demostrarlo. Eso requiere parecer dependientes, sumisas y frágiles. Como para premiarnos, a algún baboso se le ocurrió decir que representamos el poder detrás del trono y a otro más cursi se le ocurrió la gran sentencia de que "detrás de cada gran hombre hay una gran mujer". Como si estar siempre detrás ya fuera suficiente. Ya tenemos un ámbito de poder, ¿qué más queremos nosotras, las insaciables?

cir.
op
en
cac
ma
rep
vic
pro
qu
cia

pe
tu
rea
ap
ble
Tie
cie
tu
les

qu
da
sír
to:
qu
gi
te
nu
ca
pa
ca
qu
tr
id
ra

Pero no estamos en la época de Cervantes y Shakespeare, me podrían decir. ¡Ni siquiera en la de Virginia Woolf! Sin duda la mujer de hoy tiene más oportunidades. Sin embargo, continuamos oprimidas, y continuamos viviendo en sociedades patriarcales. Sociedades que han generado técnicas sofisticadas para asegurar la hegemonía de la clase capitalista y la del género masculino. Y esa superioridad está incrustada en el lenguaje que usamos para representar... Sí, como en el teatro, porque la lengua, como el teatro y como la vida, es representación, aunque los dominantes y las instituciones educativas pretendan mantenernos inocentes a la ideología subyacente tras las formas que se imponen para nombrar o representar la realidad ante nuestra conciencia. Así, a las mujeres se nos mantiene ocultas en el lenguaje.

Entendemos generalmente que usamos la lengua para comunicar nuestros pensamientos. Sin embargo, no entendemos que, por otro lado, la lengua estructura y conforma nuestros pensamientos, da forma a las percepciones, filtra la realidad y limita las ideas que podemos expresar e incluso las que podemos aprehender, captar. Por eso, lengua y conciencia son dos conceptos indisolublemente ligados. Ambas dependen a su vez de la realidad social, material. Tiene que haber cambios materiales para que haya ensanchamiento de la conciencia colectiva. Los cambios lingüísticos, a su vez, ayudan a cambiar actitudes, que consoliden el cambio social cuando se den las condiciones materiales para ello.

¿Qué objeto tendría entonces eliminar el lenguaje sexista en una sociedad que continúa siendo sexista? Una feminista lo ha comparado con una enfermedad: mientras se cura la enfermedad, tomamos medicamentos para quitar los síntomas. El lenguaje sexista es síntoma de sexismo. Y si bien eliminar el síntoma no significa eliminar la enfermedad, sí indica que se está combatiendo y que hay desarrollos en la realidad que están en proceso de asimilarse ideológicamente. Lo que proponemos es, pues, usar el lenguaje como frente de resistencia. Requiere modificar costumbres y usos lingüísticos, pero esto no es nada nuevo. Precisamente, las Academias de la Lengua y las escuelas se han dedicado tradicionalmente a erradicar usos comunes en el habla de ciertos sectores para imponernos los usos lingüísticos de sectores privilegiados. Nosotras, en cambio, reclamamos actuaciones lingüísticas que respondan a la conciencia que hemos desarrollado históricamente sobre el sexismo imperante en nuestras formaciones sociales. Si no lo hacemos, seguiremos representadas en el idioma como las hermanas de Cervantes y de Shakespeare, como las que miramos desde el traspatio.

La palabra sexismo puede que no exista todavía en muchos de nuestros diccionarios, pero existe un ensanchamiento de conciencia que permite que desde los años 70 se haya incubado el término. De hecho, la palabra racismo, por ejemplo, no existía en los diccionarios hasta los años 50, su incorporación a los mismos fue el producto de unas luchas sociales que propiciaron la percepción del fenómeno. La palabra machismo no aparece en el *Diccionario de la Real Academia Española* en su edición de 1970. No será hasta la edición del 1984 que se registrará oficialmente como palabra del español. El hábito lingüístico del uso de estas palabras, propicia, a su vez, una construcción del mundo. Les permite a las personas en una sociedad nombrar la discriminación que existe tras comportamientos y actitudes que muchos y muchas ven como naturales.

Lenguaje sexista es aquél que establece una distinción entre los sexos que es falsa, irrelevante o que no es pertinente. Como consecuencia, genera conductas opresivas o degradantes hacia un sexo (Vetterling-Bruggin, 1981). Se convierte en instrumento para limitar la concepción de cada género sexual y para estructurar el poder. En ambos casos, tanto su uso como sus consecuencias son moralmente objetables. En las sociedades de hoy, la forma socialmente estructurada del sexismo es el machismo, o sea la prepotencia del hombre sobre la mujer. Por eso, nuestra lengua, como tantas otras, responde en considerable medida a una concepción masculina del mundo, a la forma en que los hombres que poseen el poder han descrito la realidad.

El lenguaje sexista es, pues, evidencia de que existe sexismo en una sociedad. Existe sexismo lingüístico en el léxico y en las estructuras gramaticales de nuestro idioma. También en los enunciados de los discursos sociales que repetimos, en las metáforas, frases hechas o clichés e incluso en los aspectos suprasegmentales del habla, tales como los patrones de entonación y tono de la voz. Con relación a este último aspecto, algunas investigaciones parecen indicar que con gran frecuencia la mujer hace afirmaciones con entonación de pregunta. Los estudios revelan, además, que en grupos formales, los hombres hablan más que las mujeres, consumen turnos más prolongados, controlan el tema de conversación, interrumpen a las mujeres con comentarios inapropiados, triviales o personales (Buxó, 1988). ¿Qué revela esto sobre el cliché tan repetido de que las mujeres hablan mucho? Probablemente que es el pretexto más cínico que se les ha ocurrido a los hombres para interrumpirnos "simpáticamente".

En el aspecto léxico-semántico, existen repertorios de palabras cuyas definiciones evidencian sexismo y una visión del mundo masculina. Tomemos

por caso la palabra "macho". Además de definirse como el "animal de sexo masculino", tiene como acepción número 14 en el *Diccionario de la Real Academia* el sentido figurado de "fuerte, vigoroso, valiente". Para hembra, en cambio, se registra como acepción figurada la de "delgado, fino, flojo, lacio". Así por el estilo, si el sentido figurado de femenino es "débil y endeble", el de varonil es "esforzado, valeroso y firme". ¿Me podrían decir por qué en el habla popular, una mujer decidida y firme es toda una "macha". ¿Podrían explicarme por qué las mujeres no suelen usar los ovarios como metáfora de su valentía, de manera semejante a la que un hombre metaforiza sus ... "testículos" en su sitio.

La poeta puertorriqueña Julia de Burgos, en uno de sus poemas más conocidos, se autodescribe como "viril destello de la humana verdad". En el poema "A Julia de Burgos", la voz poética se autoafirma como una persona humana auténtica, honesta, fuerte y solidaria. Se contrapone así a la mujer que como ser social se ajusta a los códigos establecidos para ella: debilidad, artificio, sumisión, individualismo burgués. Dentro de los significados que intentaba construir en el verso, ¿hubiera podido Julia optar por describirse como "femenino destello" sin arriesgar la interpretación de ese verso en el contexto del poema. Julia se vio atrapada, consciente o inconscientemente, en una encerrona del idioma.

Por eso, una feminista propone que usemos la regla de la inversión (Urrutia, 1978). Si en una situación social o en un contexto lingüístico sustituimos varón por mujer, esposa por marido, femenino por masculino, o viceversa, y la idea expresada resulta chocante, entonces con toda probabilidad estamos ante una manifestación sexista. Por ejemplo, si una niña o un niño no encuentra su ropa limpia, podemos esperar que diga: "Mi mamá no me lavó la ropa"; vemos como normal o natural que el sujeto de la oración sea "mamá" y no "papá". Siguiendo la misma línea, en muchas expresiones está incrustada la idea de que en el sexo la mujer es pasiva y el hombre activo, e incluso que el hombre deriva placer mientras que a la mujer se le hace "un daño". Si seguimos la regla de la inversión, podríamos sustituir la expresión común "él le hizo el daño" por "ella le hizo el daño". En nuestra sociedad, esa expresión resultaría chocante.

Otro ejemplo de vocabulario que nos permite ver cómo muchas de las definiciones del diccionario se redactan con una orientación masculina. Elena Urrutia en su artículo "Lenguaje y discriminación" llama la atención sobre la palabra "prenda". En su sexta acepción se ofrece la siguiente definición: "lo que se ama intensamente, como hijos, mujer, amigos, etc." Obviamente esa

definición se redactó desde una focalización específica, la mentalidad y, con toda probabilidad, el sexo masculino de los redactores del diccionario. La descripción del sentimiento que expresa la palabra nos coloca a las mujeres, al leerla, dentro de una mente masculina. Es claro que queda excluida y oculta, aún para nosotras mismas, la perspectiva de nosotras las mujeres que también podemos amar intensamente a hijos o hijas, amigos y amigas y a los maridos y percibirlos como preciada "prenda". En unas culturas orientadas desde la perspectiva masculina, esas definiciones implican confusiones conceptuales y conllevan deficiencias y deformaciones en la apreciación de la realidad.

Tomemos aparte el uso de la palabra hombre. Uría de las acepciones de "hombre" es su sentido genérico de ser humano o especie humana, humanidad, o sea, ¡todo el género humano! Este concepto genérico incluye, por lo tanto, a las mujeres que somos nada menos que la porción mayor de la humanidad. Bonito proceder; el concepto cuantitativamente más pequeño incluye o abarca al más grande. El caso es que existen investigaciones que demuestran que cuando escuchamos la palabra hombre en esta alegada acepción abarcadora, pensamos en el sexo masculino (Miller, 1977). Según los resultados de esos estudios, los usos supuestamente neutros en género no lo son en la realidad. Esas palabras no nos nombran por igual a nosotras las mujeres; en nuestras mentes evocan el referente hombre.

También han encontrado que en los diccionarios para niñas y niños preescolares se define hombre con su única acepción de sexo masculino. De acuerdo con las teorías de la cognición que justifican esta selección, el concepto de hombre como humanidad todavía es muy abstracto para la mente infantil. Con relación a esto, las feministas se preguntan, ¿podemos dar cuenta de cómo se produce el proceso de ajuste para la aceptación del nuevo significado en la mente del niño? ¿Y en la mente de la niña? El método de conocimiento deductivo nos permite inferir que con gran probabilidad el ego del niño se reforzará al captar el nuevo mensaje, pero el de la niña disminuirá. ¿Cómo internalizaremos las mujeres esos conceptos? Sería muy interesante descubrirlo y poder capturar esos instantes de la socialización de la niña y de sus procesos psicológicos de identidad. ¿Nos habrá producido extrañeza, decepción, sentido de inferioridad, ira? Lo que podemos anticipar es que durante esos momentos, ya fuera instantáneos o más o menos prolongados, vivimos la discriminación, una más entre las que habremos de experimentar durante el transcurso de nuestra existencia, en la manera en que la lengua nos trata. Nos trata como objetos, como seres de segunda categoría, como siervas, subalternas, subordinadas. Imagínense entonces la doble violencia que nos tenemos que hacer cuando no

sólo se nos trata así, sino que se nos enseña a usar el lenguaje así (¿se acuerdan de Julia?). Supuestamente son usos "correctos", según la concepción autoritaria y elitista con que se nos enseña el lenguaje, un lenguaje que se pretende ciego a la ideología.

En cuanto a los hábitos lingüísticos que se nos inculcan, también tenemos que tomar en cuenta que aprendemos desde temprano en nuestras vidas que hay una forma de hablar para las mujeres, así como hay una forma de caminar, de jugar, de comportarse. A esta forma no es extraño que se le llame hablar como una niña o quizás como una dama o damita. Las malas palabras, por supuesto, son totalmente desaprobadas, aunque se condonen en los hombres. De ahí a ir internalizando qué es hablar como mujer hay un paso. Pero no internalizamos que en gran medida si hablamos como mujeres es porque estamos hablando desde un lugar diferente, desde donde vemos el mundo y las cosas, sin faltarnos las múltiples contradicciones provocadas por nuestras percepciones y el lenguaje que heredamos para estructurarlas. Muchas escritoras ya han tratado de captar esta situación e incluso la contestación a la pregunta de si existe o no un discurso o lenguaje femenino diferente al masculino es una polémica dentro de los estudios literarios feministas.

La estructura gramatical es el aspecto más rígido de una lengua y se resiste más al cambio. ¿Hay instancias de sexismo en la estructura gramatical del español? Todos/as sabemos, por ejemplo, que las leyes de la concordancia en nuestra lengua son claramente sexistas. Para nombrar un grupo compuesto por hombres y mujeres, basta con que haya un solo hombre para que el uso "correcto" nos obligue a usar el masculino (artículo, sustantivo, adjetivo). Si se desconoce el sexo de los participantes, hay que usar masculino. Resulta paradójico que la palabra puertorriqueño pretenda nombrar a las puertorriqueñas, a la misma vez que se nos inculca diariamente que hombre y mujer, y por deducción analógica, puertorriqueños y puertorriqueñas, son algo distinto en los deberes y derechos de la vida cotidiana; en los papeles o roles que nos corresponde representar. Pero la ley y la constitución señalan nuestra igualdad esencial, se me replicará. Y a eso hay que responder, ¿a quién o a quiénes se referirá la ley cuando habla de los derechos del "ciudadano", de que "el hombre es igual ante la ley" y a otras expresiones similares? La ley, amigas mías, está formulada en masculino, porque eso es lo "correcto".

Las conclusiones que inferimos desde temprano por el uso de la lengua se pueden formular de las siguientes formas: lo masculino es lo típico, el macho es la especie, el hombre es la norma y la mujer la desviación. ¿Qué tal suena así formulado?

En el nivel de los enunciados que escuchamos y de las metáforas o frases hechas también se puede demostrar. Algunas investigadoras se han detenido a analizar las aseveraciones comunes en libros de ciencias o en las explicaciones de las fascinantes fotos o videos de historia natural (Miller, 1977). Existe sexismo en aseveraciones tales como: "Ahí viene el oso. Busca comida para su cría." Esta observación tan aparentemente ingenua muestra cómo se presume el masculino como la norma y se presume que todas las criaturas son masculinas, a menos que se sepa que no lo son. Así se nos enseña a pensar desde que somos niñas o niños. Sin embargo, sin querer queriendo podemos caer fácilmente en absurdos tales como afirmar: "El oso, como es mamífero, le da la teta a sus cachorros." Imaginemos, para verlo más claramente, un enunciado como éste: "El hombre, como todo mamífero, produce leche para su cría." No son intercambiables ambas acepciones de la palabra hombre. Sin embargo, se espera que hagamos cambios instantáneos para la comprensión del mensaje. ¿Ocurre siempre ese cambio instantáneo? La contestación es que no.

Obsérvese entonces cómo la lengua estructura incluso nuestros conocimientos científicos, históricos, políticos. Piensen también las implicaciones que tiene esto en la instrucción y en la educación, en la escuela y en la universidad. Cuando a una niña le dicen una aseveración tan común como que "El hombre inventó el fuego, o la rueda", ¿qué imagina ella de la contribución de la mujer. ¿Acaso infiere que la mujer no inventó el fuego, ni la rueda, ni nada? Los estudios que se han hecho apuntan lamentablemente en esa dirección. ¿Qué lugar ocupamos nosotras en los métodos de conocimiento, en las teorías y epistemologías científicas y filosóficas? Logramos encontrarnos nosotras en los currículos de biología, ingeniería, filosofía, ciencias políticas? Encontramos nuestra contribución al desarrollo de la civilización y la historia? Quizás la pregunta que deberíamos hacernos antes es, ¿acaso nos buscamos nosotras en los currículos? ¿Buscamos nuestra presencia, experiencias y visión del mundo en esos currículos que seguimos en las escuelas, en las universidades, en esta sociedad que supuestamente garantiza igualdad de oportunidades para educarnos? ¿Reclamamos que se nos digan cuáles han sido las contribuciones de las mujeres en el desarrollo de la civilización, y que se eliminen las expresiones sexistas? (McIntosh, 1983)

El manejo de la lengua es indispensable para transmitir los conocimientos en todas las ramas del saber y para expresar nuestras impresiones de la realidad. La lengua, a su vez, nos limita las posibilidades para expresar esas impresiones y, de alguna manera, en el proceso, le da forma y significado a esas percepciones.

TEXTOS ALUDIDOS

- Buxó Rey, M. Jesús. *Antropología de la mujer: cognición, lengua e ideología cultural*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- McIntosh, Peggy. "Interactive Phases of Curricular Revision: a Feminist Perspective", *Working Paper* 124, Wellesley College Center for Research on Women, 1983.
- Miller, Casey & Kate Swift. *Words and Women: New Language in New Times*, New York, Anchor Books, 1977.
- Urrutia, Elena. "Lenguaje y discriminación", *Fem*, enero-marzo, 1978.
- Vetterling-Braggin, Mary, ed. *Sexist Language: A Modern Philosophical Analysis*, Littlefield, Adams and Co., 1981.
- Woolf, Virginia. *A Room of One's Own*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1957.